

Km Cero

REVISTA CULTURAL SOBRE EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO

Número coordinado
por Antonio Ortuño

El Centro visto desde afuera

Cinco escritores de otras ciudades y un breve catálogo de asombros

Diciembre 2017 • Número 109
www.centrohistorico.cdmx.gob.mx



CDMX

fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

015



La mirada exterior

NO ES POSIBLE REFERIR LA RIQUEZA DEL CENTRO SI NO SE TOMAN EN CUENTA los relatos y testimonios en torno a la vida entre sus recintos. Muchos se deben precisamente a quienes han llegado de otros sitios y, en consecuencia, han podido observarlo con una mirada externa que convoca la fascinación.

Así ocurrió con todos los soldados españoles, encabezados por Hernán Cortés, y los misioneros, quienes no dejaron de cantar loas al esplendor de México Tenochtitlan. En las llamadas Crónicas de Indias no se escatiman elogios para una ciudad resplandeciente, que entre sus templos, mercados, lagos y chinampas despertó el asombro de los viajeros de ayer. Se trata del mismo asombro que aún despiertan sus edificios, museos, restaurantes y galerías.

Este enfoque maravillado está hoy en manos de escritores de distintas partes del país que, convocados por el narrador jalisciense Antonio Ortuño, plasman su encuentro con el Centro capitalino a partir de ángulos diversos: Fernanda Melchor nos lleva a recorrer la secreta vida que late en sus librerías de viejo; Jaime Mesa se pasea entre sus calles y plazas para reflexionar sobre el sentido de pertenencia que generan; Daniel Herrera nos invita a un paseo para beber el colorido de sus lugares y plasmarlo en la memoria; Franco Félix nos lleva a admirar estatuas históricas de la Alameda Central; mientras que el propio Ortuño nos relata cómo sus visitas personales se entrelazan con sus museos predilectos.

Aunada a esta recreación literaria, este número de *Km Cero* cuenta con la mirada siempre inteligente de Jis, quien entrega su humor agudo y descocado en viñetas tan memorables como el Centro mismo.

Los editores

En portada:
Viñeta de Jis.



Escribenos a kmcerorevista@gmail.com

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN
MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL
FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO.
AÑO 9, NÚMERO 109.
FECHA DE IMPRESIÓN:
30 DE NOVIEMBRE DE 2017.

Miguel Ángel Mancera
Jefe de Gobierno de la CDMX

José Mariano Leyva
Director General del FCHCM

Miguel Rupérez
Director de Promoción y
Difusión del FCHCM

Jorge Solís
Director editorial

Laura A. Mercado
Diseño y formación

Miguel Á. Loredo
Diseño original

Alejandra Carbajal (pp. 4, 10, 13, 15)

Gustavo Ruiz (pp. 2-8, 12, 15-43)
Fotografía

Patricia Elizabeth Wocker
Corrección de estilo

Yaremi Ávila
Community Manager

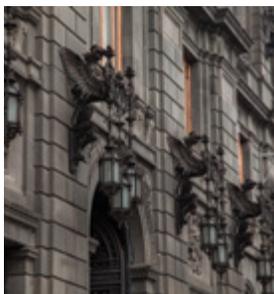
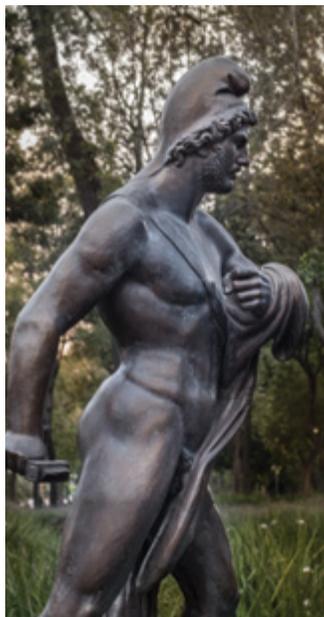
Montserrat Mejía
Asistente

**David Canul, Franco Félix,
Daniel Herrera, Fernanda Melchor,
Jaime Mesa, Antonio Ortuño,
José Pulido, María José Ramírez y
José Ignacio Solórzano (Jis)**
Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74,
segundo piso, colonia Centro,
delegación Cuauhtémoc, C. P. 06010
Teléfonos: 5709 6974 | 5709 7828 |
5709 8005

IMPRESIÓN: Comisa. General Victoriano
Zepeda 22, colonia Observatorio,
delegación Miguel Hidalgo,
C. P. 11860 · **Teléfono:** 5516 8586

Número de certificado de reserva
04-2016-041412402300-102



08 A fondo

Cinco escritores al encuentro
del Centro Histórico



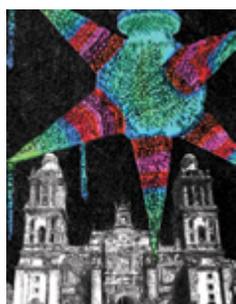
02 Fide

Centro Histórico:
treinta años como
Patrimonio de la
Humanidad



40 CentrArte

Ecos de una
publicación
revolucionaria



Contraportada

El Centro ilustrado

Por María José Ramírez

06 Instantáneas

44 Cartelera

48 Niños



Centro Histórico de la Ciudad de México: tres décadas de riqueza para el mundo

CUANDO PENSAMOS EN ALGUNAS DE LAS ESTAMPAS QUE se han grabado más profundamente en la memoria y el gusto de visitantes nacionales y extranjeros, resulta que varias de ellas pertenecen al Centro Histórico de la Ciudad de México. Lo anterior no es extraño si consideramos que, al recorrer algunos de sus poco menos de diez kilómetros, nos asaltan posibilidades casi infinitas: museos, templos, monumentos religiosos y civiles, plazas, claustros, jardines, fuentes, obras de arte, vestigios de distintas culturas y etapas históricas, así como expresiones inmateriales de tradiciones que han sabido evolucionar a partir de un sinfín de fusiones.

Su riqueza es tal que este mes se cumplen ya tres décadas de que fuera declarado como Patrimonio Cultural de la Humanidad. El 11 de diciembre de 1987, la Unesco le brindó tal reconocimiento al Centro, que es el de mayor extensión en toda América Latina y representa uno de los puntos turísticos más concurridos a nivel mundial. En su área, de seiscientos sesenta y ocho manzanas que albergan casi mil quinientos edificios de gran valor histórico y artístico, hay una actividad incesante que le imprime un colorido inagotable.

Los factores para determinar a una zona como patrimonio universal son diversos y puede tratarse tanto de áreas culturales (por ejemplo, sitios arqueológicos), de valor natural (como algunos bosques y reservas biodiversas) o mixtos (ahí donde se reúnen las condiciones anteriores). Y para ser considerados de esta manera, los lugares en cuestión deben ser reconocidos por formar parte del intercambio de valores culturales, ser plurales en cuanto a sus tradiciones, poseer un importante legado arquitectónico o arqueológico, contener obras maestras, ejemplificar asentamientos humanos, etcétera. En el caso de nuestro Centro cumple básicamente con todos los campos en lo que a patrimonio mundial se refiere.

Es el más grande de toda América Latina y su historia se remonta, al menos, hasta 1325, cuando era un islote rodeado de lagos navegables, las principales vías de comunicación de la época precolombina. De aquellos días aún se conservan no pocos testimonios materiales e inmateriales. En cuanto a los primeros, basta recordar que en el Centro se encuentran vestigios de por lo menos cinco templos aztecas, como el Templo Mayor de México Tenochtitlan, que era considerado en la cultura mexicana como el centro del universo.



Ahí se construyó el templo dedicado a Huitzilopochtli, además de diversos altares, *tzompantlis* (adoratorios a los muertos, hechos con cráneos tallados), sitios para el juego de pelota, considerada una actividad sagrada, monolitos (como el de la Coyolxauhqui) y la Piedra de Sol (conocida a veces como calendario azteca) entre muchas otras joyas arqueológicas que nos permiten seguir comprendiendo la cosmovisión y la organización social de aquella civilización.

La Catedral y el Sagrario Metropolitano, que se ubican a un costado del Templo Mayor, también son los de mayor magnitud de toda América Latina y representan emblemas de la época virreinal y las expresiones sincréticas que se presentaron en nuestro continente. Su construcción comenzó en el siglo xvi y fue un elemento clave en el ordenamiento de la nueva ciudad, en donde pronto florecieron puentes, conventos, hospitales, plazas, garitas y construcciones urbanas de todo tipo que hicieron de la capital de la Nueva España, primero, y luego del México independiente uno de los centros culturales más activos.

Además de estos elementos habría que destacar el propio Zócalo, la Plaza de la Constitución, que es sede de los poderes y un punto de reunión que, a lo largo de los siglos, la sociedad ha sentido con justa razón como el corazón de la vida pública; el Palacio Nacional, que aunado a su valor histórico y arquitectónico presenta obras de artistas relevantes, como los murales de Diego Rivera, y que junto con el Antiguo Palacio del Ayuntamiento y el edificio de la Asamblea Legislativa, que se encuentran a pocos metros, aún albergan las actividades de gobierno; los templos, como el de San Fernando y el de San Hipólito, trascendieron su función original y siguen siendo lugares que reúnen retablos, obras de joyería y herrería de gran belleza, igual que el Antiguo Palacio del Arzobispado; el Palacio de Minería, el de Medicina, el de Correos o el de Bellas Artes nos hablan de una vitalidad prácticamente ininterrumpida, pues fueron contruidos en distintas etapas históricas, desde los tiempos novohispanos hasta el siglo xx. Pues en la era moderna no deja de alimentarse la riqueza de la zona, como lo ejemplifican la construcción de la Torre Latinoamericana o los



remozamientos de plazas como las de Garibaldi –un símbolo de la música mexicana a nivel mundial– y la Alameda Central, entre muchos otros proyectos de restauración que se han emprendido en los últimos años, con el propósito de conservar el esplendor propio de la zona.

Y este rasgo nos permite comprender que el Centro, además de todo su linaje histórico, tiene las puertas abiertas a la modernidad y es uno de sus motores. Este carácter dual está bien representado por sus numerosos e interesantes museos, donde destacan el Museo Nacional de Arte, el Museo de la Ciudad de México, el Antiguo Colegio de San Ildefonso o la Academia de San Carlos, junto con galerías, cafés y otros puntos de reunión donde se brinda espacio a las expresiones culturales contemporáneas.

La mejor manera de celebrar estas tres décadas de reconocimiento del Centro Histórico de la Ciudad de México como Patrimonio de la Humanidad es recorrerlo para seguir descubriendo todos los aspectos tan vastos que nos depara. Así que no hay más que salir y disfrutarlo. ¡Larga vida al Centro! 🌐

Un mundo por descubrir

En el Centro podrás encontrar:

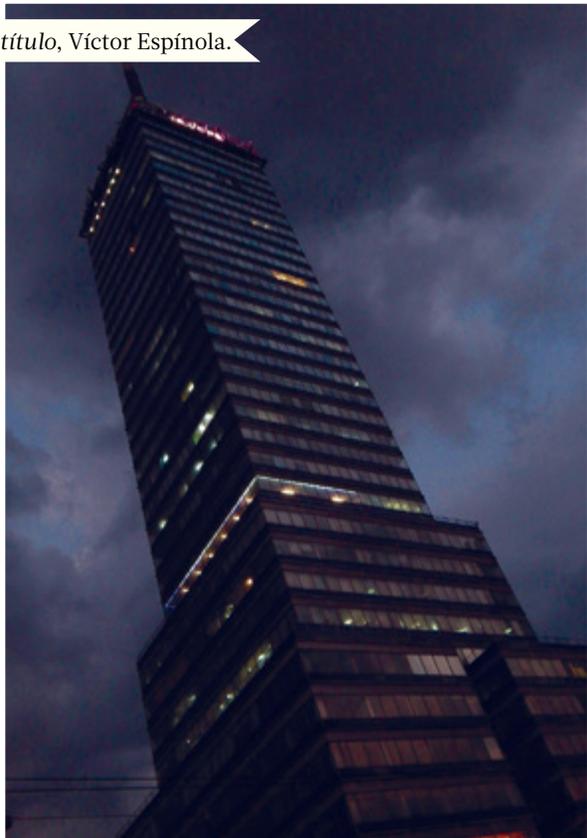
- 13** museos y galerías
- 743** edificios de alto valor histórico y cultural
- 111** edificios con valor ambiental
- 78** plazas y jardines
- 129** monumentos civiles
- 67** monumentos religiosos
- 6** templos modernos
- 17** edificios vinculados con personajes históricos
- 19** claustros
- 26** fuentes o monumentos conmemorativos
- 2** sitios con ejemplos del muralismo mexicano

La imagen del día

Para aquel que disfruta del pleno vigor de sus sentidos, un paseo sosegado de no más de diez o doce millas diarias es el viaje más encantador.

John Ruskin

Sin título, Víctor Espínola.



Reflejo del sol, Edgar Adán Hernández Rosas.



Detalle de Correos, Gustavo Puga Godina.



La vida es un teatro, Ma. Elda Tepepa Madrid.



Soledad, Héctor Javier Martínez Reyes.



En la Casa de las Águilas, Pamela María del Socorro Cervantes Mora.



Sobre Bolívar, una reliquia andando, Guadalupe Pérez Almanza.



Sin título, Liliana Avilés Villavicencio.



¿Quieres ver tu foto publicada como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar.
Solo manda tu fotografía del Centro Histórico con un título a kmcerorevista@gmail.com o a través de nuestras redes sociales.



CINCO ESCRITORES *al encuentro del Centro Histórico*

EL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO ES Y HA SIDO SIEMPRE UN SITIO de confluencias. Ombligo de la urbe, imán del turismo, combina la vida cultural con la comercial, invita a la memoria y favorece, incluso, la bohemia. Para los capitalinos el Centro es punto de referencia inevitable y materia obligada de recuerdos y anécdotas. Incluso podría postularse que la relación que guardan con la ciudad, en cada caso individual, puede conocerse por la que sostienen con el Centro y la mezcla de fascinación y ansiedad que les provoca.

Sucede también así con los visitantes que llegan desde el resto de la República. Porque el Centro Histórico no pertenece en exclusiva a la ciudad, sino que alberga el corazón simbólico del país.

Este número de la revista ofrece las miradas que, sobre el Centro y sus atractivos, tienen cinco narradores mexicanos contemporáneos que no residen en la ciudad, sino que la visitan desde Puebla, Veracruz, Torreón, Hermosillo y Guadalajara. Jaime Mesa, Fernanda Melchor, Franco Félix y Daniel Herrera, además de Antonio Ortuño, autores todos de obras de referencia en la narrativa mexicana contemporánea, hacen pasear sus plumas, en estos textos, por calles, librerías, museos, cantinas y palacios del Centro Histórico y trazan, desde ángulos diferentes y contrastantes (la crónica periodística, en algún caso, y la memoria personal en otros), una serie de instantáneas singulares. Retratos que concuerdan, al final, en un punto: el enorme magnetismo que la capital y su centro conservan, además de su capacidad para seguir atrayendo ideas, presencias y miradas y retener, así, su vigencia. 🍷



LAS CASAS *de las musas*

..... Por Antonio Ortuño

El Centro de la Ciudad de México es una zona pródiga en museos. Parece haber uno para cada persona y el reto está en descubrir en cuál de ellos tendremos nuestro hallazgo predilecto.



RECUERDO CAMINAR POR LA CALLE 16 DE SEPTIEMBRE con mi padre y mi tío José Luis, un hombre enorme, calvo, de bigotito, que sabía todo sobre la Ciudad de México y que ahora hace tanto, ay, que murió. Sería el año 1980 o quizá el 81. El cielo estaba de un gris denso y amenazaba lluvia (pero no recuerdo que lloviera). Lidiábamos con la danza de una multitud, una masa contradictoria que se expandía hacia todas partes, se detenía y también se impacientaba por detenerse y se daba de empujones. Olía a frituras y cuero, a fruta podrida y gasolina mal achicharrada. Sonaban los organillos del Centro, que han estado mal afinados desde que tengo memoria, porque al parecer el único afinador de confianza se llevó los secretos a la tumba. Al final se abrió el mar de piernas (eso veía, antes que nada: tenía quizá cinco años) y desembocamos en el Zóca-

lo. Mi tío, chilango de cepa, era un enamorado del Centro y miró con satisfacción cómo me quedaba embobado ante la plancha de concreto, la Catedral y el Palacio Nacional. Para mí, ese momento fue equiparable al de descubrir el mar. Mi tío ha muerto y con mi padre poco hablo, pero supongo que la veneración por el Centro de la capital fue algo que les heredé.

A finales de los años noventa viví durante algunos meses en el sur de la Ciudad de México. Me habitué a tomar el metro por la mañana, y a perderme en las calles en busca de librerías de segunda mano y de algo más vago, que a veces encontraba y en otras ocasiones no. Pero no vine a hablar de incertidumbres sino de algo concreto. Mi cultura de recorrer museos se la debo, en buena parte, a la capital. Eso tampoco lo aprendí solo, debo decir, sino que me llevó a ello mi prima



Eréndira, antropóloga, que ha muerto también, y que por años tuvo su oficina en un vecino ilustrísimo del Centro: el Museo Nacional de Antropología. Mi instrucción comenzó, desde luego, por el Nacional (que es uno de los mejores sitios de este país) pero se extendió pronto a Bellas Artes, que no es solamente un museo sino algo más peculiar: un teatro que contiene, a la vez, una de las galerías de arte más vistosas que se recuerden. Pero hay elementos allí, más allá de las exposiciones temporales (a veces, extraordinarias), que me hacen comenzar por ese punto. Vaya: la arquitectura, que remite al *déco*, el *nouveau* y el modernismo, y desde luego que la presencia de algunas de las obras principales del muralismo mexicano (a menos que uno los odie en bola, como supo hacer Cuevas, los muralistas son como los Beatles: cada cual tiene a uno predilecto y el mío es, de lejos, mi paisano José Clemente Orozco).

También descubrí con mi prima el Museo Nacional de Arte, que es un recinto fabuloso. Allí, además, me hice amigo de la chica inglesa con la que vi *Trainspotting* en la Cineteca Nacional, por allá de 1996, en unas condiciones sobre

las que será mejor que corramos un espeso velo de discreción. He vuelto con frecuencia al Munal y me he detenido, como cualquier turista, a contemplar *El Caballito*, ubicado en su vecindad (incluso cuando estuvo en restauración debajo de unas lonas). *El Caballito*: siempre he admirado el talento de Manuel Tolsá para retratar de modo favorecedor a uno de los reyes más feos e ineptos de la historia de España (lo cual no debe haber sido precisamente sencillo de conseguir). Quizá lo único bueno que dejó Carlos IV (que era el rey de marras) fue el hecho de que, al ser depuesto por Napoleón Bonaparte, encendió, así fuera de rebote, la mecha de las independencias americanas.

Así pues, a lo largo de los años he visto diversas notabilidades (y algunas piezas menos proclives a provocar entusiasmo, claro) expuestas en los lugares ya mencionados y en otros principales, como San Ildefonso, San Carlos, el Franz Mayer y el Ex Teresa. Pero debo confesar algo: mi favorito sentimental es el Museo Nacional de las Culturas, que fue el primer lugar del mundo en donde pude ver piezas griegas, romanas, egipcias y mesopotámicas (si usted no tuvo diez



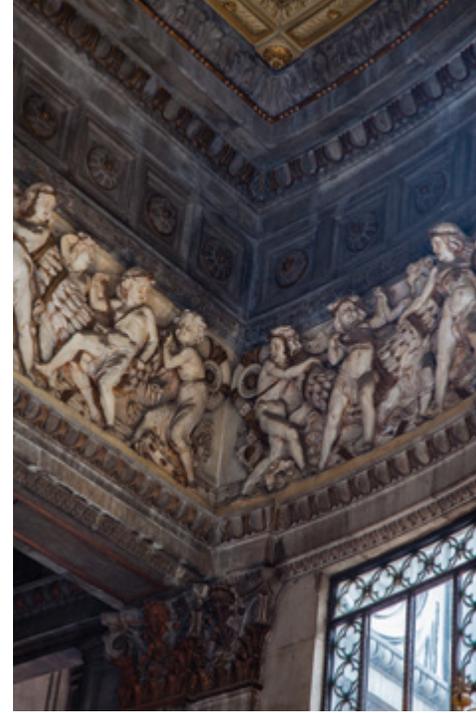


años y quiso ser arqueólogo y usar un sombrero Stetson, quizá su infancia no haya sido completamente grata, le informo). Luego he tenido la fortuna de admirar maravillas del mundo antiguo en Berlín, Madrid o Nueva York, pero aquella primera impresión del Museo Nacional de las Culturas será, siempre, insustituible.

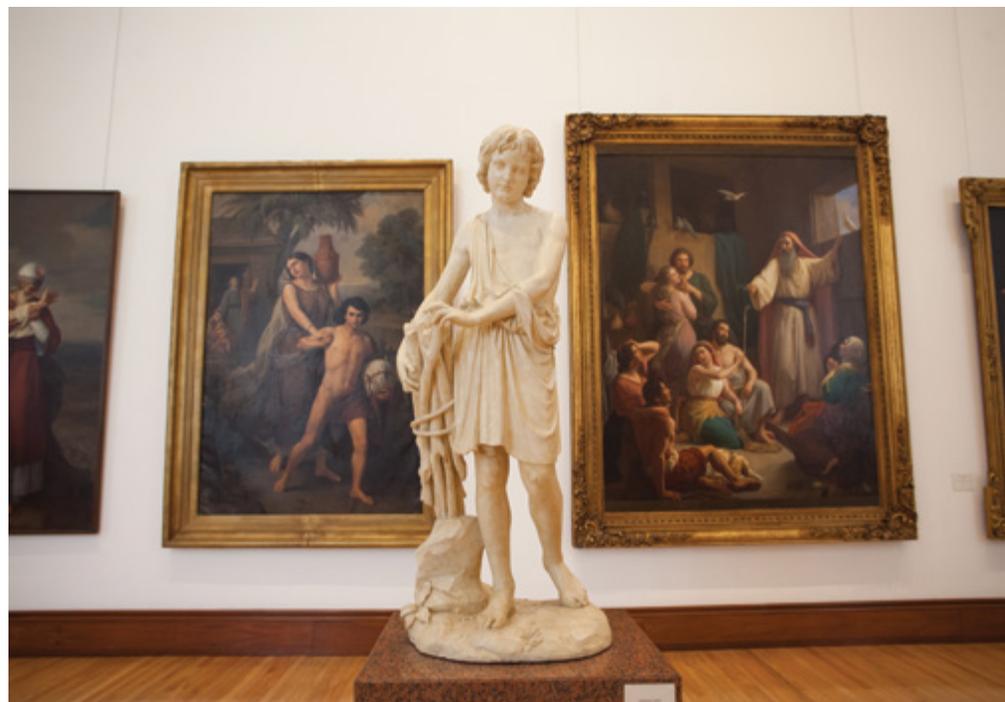
También recuerdo que en el Palacio de la Medicina (que, desde el año 82, es un museo administrado por la UNAM) contemplé, en la adolescencia, una exposición de instrumentos de tortura, de la que, pese a haber tenido una pubertad bastante belicosa (era de los que se agarraban a trancazos en los recreos y alguna vez traje un ojo morado todo el verano, para desesperación de mi madre, que anduvo contando que me había caído por las escaleras), salí convertido al culto de la paz y el diálogo.

Cuando mi esposa y yo cumplimos diez años de casados decidimos que, en vez de irnos a una playa, teníamos ganas de pasar unos días en el Centro de la Ciudad de México, dedicados a los museos. Hemos vuelto después, con nuestras hijas ya crecidas y en condiciones de repetir la gira. A esos recorridos les debo más orgullo nacional del que la selección de fútbol ha podido darme en cuatro decenios.

Y, debo rematar, cada vez que recorro esa suerte de rudísimo *slam* de empujones y multitudes que es el Centro, en la cabeza vuelvo siempre a la mañana gris en la que mi padre y mi tío me llevaron al Zócalo. Me hace particularmente feliz haber entrado al Museo del Templo Mayor por primera vez con mis dos hijas y que ellas hicieran de guías. Volveremos. Y sé que ellas volverán, otra vez, otras veces, cuando yo me haya ido, como mi tío, muchos años atrás. 🍀



Más allá del valor histórico y cultural de los museos podemos recorrerlos buscando el sello emotivo que nos impacte.





LOS PALACIOS *de la identidad*

..... Por Jaime Mesa

El Centro Histórico de la Ciudad de México no solo representa un símbolo para los capitalinos; crea un sentimiento de pertenencia en todos aquellos que lo recorren.



ESTOY MÁS O MENOS ACOSTUMBRADO AL ELOGIO arquitectónico. Nací y crecí en la ciudad de Puebla. La gastronomía y el Centro Histórico (declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1987) son parte de la cabeza y el torso del gran cuerpo poblano. Hay miles de destellos magníficos, pero parece que reconocemos una cierta sustancia, si la hay, de una idiosincrasia poblana construida por la confluencia de otras culturas y países, una simbiosis aún viva, y más o menos uniforme. Aunque, además de joyas, nos ha dado también un reconocimiento de una sociedad clasista, que ve hacia afuera (sobre todo a Europa) y que se demuestra en las actuales políticas sociales y culturales. Así que nuestra virtud, a la larga, también se ha vuelto nuestro defecto.

Con todo, los elogios hacia la Biblioteca Palafoxiana, la Capilla del Rosario, la catedral angelopolitana y ese trazo perfecto, «elaborado por ángeles», de las calles del primer cuadro son ya parte de mi conciencia cada que recibo a algún visitante o me encuentro una nota en alguna revista.

Caminar por esas calles que contemplan la apertura de Oxxos y McDonald's, pero que conservan una impresión general de lo poblano. Justo pasa lo mismo en otros centros, como los de Zacatecas, Oaxaca, Morelia, Guadalajara, entre decenas más. De manera general, todos atienden distintas particularidades, centradas más o menos en su conservación o integración y, como el de Zacatecas, con su cantera rosa, son símbolo y síntoma ineludibles de la identidad local.

Sin embargo, no puedo sentirme zacatecano al caminar por las hermosas calles de su ciudad, pero le doy espacio al Otro para ser y lo reconozco. De alguna forma, son zonas que van completándose para formar un mural del que, si bien soy parte por extensión, geográficamente puedo ubicar una distinción en cuanto a mi raíz. Hay un sentido de variante que te acerca y aleja a la vez: «aprecio mucho esto que contemplo justo porque allá en mi casa tengo algo que me designa, como acá esto los designa a ustedes». La importancia, creo yo, tiene que ver con la diversidad que construye una identidad mexicana múltiple y rica.

Ahora bien, la «diversidad mexicana» que acusa una frontera en la República Mexicana es muy distinta a la diversidad que agrupa y une en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

No recuerdo cuándo fue la primera vez que fui al Centro del anterior Distrito Federal, pero sí recuerdo el asombro. El asombro y un sentimiento de pertenencia instantáneo. Aquella plancha inmensa del Zócalo en donde brotaba una bandera hiperbólica que ondeaba impulsada por un viento sereno y poderoso. La visión de esa fortaleza construida no por muros sino por el Palacio Nacional y otros edificios imponentes y rotundos daba cuenta de otra cosa. La caminata hacia el Palacio de Bellas Artes, el reconocimiento de esa construcción única, atípica y monstruosamente bella, a la que la altura inestimada de la Torre Latinoamericana no hacía ver menos, sino que la equilibraba, era como llegar a una tierra de gigantes que ya no habitaban ahí. Una tierra extraña, en ese momento, pero sabida, soñada desde antes, intuía, quizá, desde la primaria y los libros de texto.

Extrañamente, aunque también como mexicano estaba acostumbrado a deambular por sitios arqueológicos de gran prestigio mundial, aquella grandeza, a pesar de los mares de personas, me parecía despoblada de una identidad ciudadana o «defeña» exclusiva. Ahí no estaba, precisamente, el zacatecano orgulloso ni el poblano soberbio ni el tapatío orondo ante la cosa local. Rondaba el mexicano, esa instancia abstracta pero común. Si bien es difícil imaginar a los habitantes del desarrollo urbano de Cantona o los usuarios de Monte Albán, primero ciudad y luego centro ceremonial, hay un aire de reconocimiento con los constructores o habitantes fundadores de todo aquello que el

Centro Histórico de la Ciudad de México propone. Algo en mi interior los conocía; a pesar de la sorpresa y asombro, había algo familiar en todo aquello.

Cuando comenzó la construcción de la identidad mexicana, nacional, un artificio mandado a hacer, nos enfrentaron a la idea de que todos somos aztecas, de que todo nació con el águila devorando una serpiente, el día que se fundó Tenochtitlan. A todos, desde pequeños, nos con-

taron la misma historia. Y el escenario perfecto fue ubicado ahí, una isla en el centro de la zona de los cinco lagos, cabecera de la Triple Alianza, dominio de los mexicas y, ante la conquista, centro de la Nueva España, que actualmente, como Centro Histórico, comprende unos diez kilómetros cuadrados con seiscientos sesenta y ocho manzanas dentro de las que hay mil quinientos edificios. Desde ahí, de alguna forma, se fundaron, en la época moderna, dos Méxicos: el que te tocaba por nacimiento, en provincia, y el oficial, el que nos agrupaba a todos. Si estoy en el extranjero, una particularidad poblana es celebrada; pero una general, uniforme y mexicana (los aztecas, el tequila, un sombrero de charro, etcétera) es exaltada y gritada con estruendo.

¿Qué pasa cuando llegamos al Centro Histórico de la

Ciudad de México que no se logra con otros zócalos o centros históricos? ¿Por qué ningún otro lugar en México consigue eso entre los fuefeños, entre los provincianos?

Ningún otro Centro Histórico es tan imponente. Todos los componentes de las distintas ciudades de México, sus zócalos, iglesias, edificios civiles, museos, plazas, kioscos, son como piezas de algo, preciosas, bellas, inigualables, pero que atraen ideas sobre su preciosismo íntimo, sin igual, detallista, minucioso pero que no convocan la idea de «grandeza».

¿Qué pasa cuando llegamos al Centro Histórico de la Ciudad de México que no se logra con otros zócalos o centros históricos? ¿Por qué ningún otro lugar en México consigue eso entre los fuefeños?





En el Centro de la Ciudad de México existe la grandeza. En el Templo Mayor, te encuentras con la gran piedra que representa a la Coyolxauhqui y guardas silencio. Una tras otra van cayendo las distintas imágenes de una construcción nacional que parece revolotear por todas partes. Y sí, quizá solamente en lugares en donde están las grandes pirámides lo experimentas pero, de nuevo, a chispazos, como en un archipiélago, no de manera colectiva y uniforme. En el resto de México encuentras lo representativo, lo típico, el fragmento impactante, pero en ninguna te quedas en silencio unos minutos, contemplando algo inasible, extenso, enorme que se extiende y abarca toda tu visión y, aunque se concentra en el detalle, como las iglesias y construcciones de otros centros, apela a la grandeza. A la enormidad de algo que podría ser el espíritu único de México.

En esos momentos, quizá, es cuando entiendes ese orgullo inigualable de los *exdefeños*, de ese Centro forzado y temperamental que durante muchos años ha dirigido al resto del país, un país que es tantos y tan variados, que vuelve imposible una sola significación, intuición y emoción excepto aquí. Hay una impresión de mexicanidad

cuando caminas por las calles del Centro Histórico de la Ciudad de México.

Sin ningún problema, México, como país, podría considerarse como la unión de muchos pequeños países con idiosincrasias muy particulares que, incluso, a veces se repelen. Pero no aquí, en el Centro de la Ciudad de México, que también es el centro nacional. Ese Centro, sistemáticamente oficializado y todo, responde con un sólido vozarrón de piedra, mármol, acero y amplitud arquitectónica y espacial que da cuenta de otros mexicanos, más grandes, más encumbrados, de otra índole que el resto de nosotros. Nos movemos de un «ustedes y ellos» a un «nosotros». Nadie lo acepta ni dice nada porque aceptarlo sería darles la razón a los chilangos, a los ciudadanos, a los *exdefeños*, en su privilegiada prepotencia centralista. Pero ese cuerpo enorme, esa columna vertebral irrompible, a pesar de todo, está soportada sobre cimientos y pilares de una vanidad galáctica que los confirman, y que se extiende hacia el «nosotros» general. Es, hasta cierto punto, natural. Y, quizá, podría no tener nada de malo. Esa insolencia, ese atisbo a la grandeza, somos los mexicanos.



Es imposible que te pares en la Plaza de la Constitución y no sientas que estás en un lugar importante.

Además, ese Centro es el Aleph por excelencia. Es el sitio de las muchas contradicciones: están los templos católicos sobre las pirámides, deambulan los concheros, intentando la continuidad ceremonial que merece el sitio; se encuentran restaurantes de lujo al lado de vecindades que se están cayendo; ahí llegan manifestaciones sociales y políticas, ahí arribaron los zapatistas (momento tremendo en la historia nacional) y se presentan conciertos de música popular a la par de Roger Waters.

Muchas partes de la Ciudad de México tardaron mucho tiempo o se van modificando lentamente, pero el Centro Histórico constantemente está cambiando su constitución física, o la nomenclatura de la gente. Además, en 2003 se anunció la recuperación del Centro Histórico, con una inversión mayoritariamente de la iniciativa privada, que incluyó no solo trabajos superficiales, sino que contempló una reestructuración radical que sigue hasta nuestros días. El Centro fue habitado, el Centro se volvió seguro, el Centro empezó a atraer gente no solo en las mañanas.

**El Centro
conserva una larga
tradición, pero al
mismo tiempo se
va modificando
constantemente su
constitución física
o la nomenclatura
de la gente.**

Cerraron Regina y se llenó de bares para *hípsters* cuando antes solo había cantinas. La gente se fue mudando al Centro Histórico, luego cerraron Madero y entonces la gente empezó a caminar por la zona. Antes estaban el Palacio de Hierro y Liverpool, pero a unas calles hallábamos las jarrierías y tiendas de rebozos. Ahora están las tiendas de moda popular juvenil. Además, sigue siendo una de las zonas comerciales más grandes. Hay calles exclusivas para instrumentos musicales, o solo para manualidades, una calle dedicada a productos de belleza, otras a tiendas de ropa, calles en donde solo venden telas, o vestidos de novia o de quinceañeras, librerías de viejo, o en donde vas a encontrar a alguien que escriba cartas de amor con máquinas de escribir, calles en donde venden cámaras fotográficas. Hay fondas y a tres calles restaurantes de comida internacional carísimos. Es un cosmos que contiene la tradición pero que está en constante cambio. Es un animal viviente.

Al final vas, te paras en la plancha del Zócalo, ves el asta bandera, esa bandera monumental y, sin importar de dónde seas, sientes que ese lugar es tuyo. Algo te dice que ese lugar es tuyo. La mezcla, el mural, la galaxia mexicana se sintetizan en una sustancia espectacular con muchos centros cercanos.

No ocurre en ningún otro zócalo.

Es el Palacio de Bellas Artes. No puede existir otro «palacio de bellas artes» ni catedral similares. Y, automáticamente, es tu Palacio de Bellas Artes. Lo asumes así.

Me sorprende, además de la disposición de los espacios amplios como praderas en medio de un valle que son los edificios, la permanencia de estos en una ciudad que, a pesar de su crecimiento y extensiones, parece cada vez más estrecha e intransitable. Lo grande, lo lujoso, lo monumental son los pilares de un palacio. La defensa del espacio público, también, parece la defensa de esos amplios espacios.

Si la Ciudad de México permite, en sus barrios y colonias, una diversificación de estados del alma y geografías diversas, casi ciudades distintas, el corazón múltiple tiene constantes que se mantendrán en tanto lo mexicano siga manteniéndose, para bien y para mal, uniforme.

En este sentido, montar una colonia o barrios nuevos dentro de la plancha del Zócalo o en la Alameda frente al Palacio de Bellas Artes podría revolucionar un nuevo México, alejado de esa construcción identitaria que traemos en la cabeza. Se acabaría la noción de lo mexicano, como un bloque absoluto, en donde todos somos aztecas, y se estable-

cerían niveles y zonas nuevos. Sin embargo, el costo histórico y estético sería altísimo y, quizá, impagable social y culturalmente hablando. La esclavitud de la identidad, de nuevo, trae sus vicios y sus virtudes. El hecho de que todos seamos mexicanos o identifiquemos lo mexicano y que sintamos que el Centro Histórico es nuestro y es todo alimenta el centralismo y nos priva de los muchos Méxicos que realmente es México. Habría que revisar qué de bueno y malo ha conllevado esa doble nacionalidad de la que das cuenta cuando miras el Palacio de Los Azulejos.

El Centro Histórico de la Ciudad de México es el gran resumen de la ciudad, de todo lo que alguien de afuera piensa que es la ciudad. Los

tumultos, las librerías, los diableros, la diversidad de la gente, el lujo y las personas pidiendo trabajo afuera de catedral, las cantinas, las tiendas, el tráfico y el arte. Es el gran cofre de la abundancia. Esta Ciudad de los Palacios es, también, un resumen de la identidad mexicana. Un espacio para todos, un espacio de todos. La posibilidad de la imposibilidad de la unidad identitaria.

Así que cada que elogian Puebla, me enorgullezco. Pero cada que elogian el Centro Histórico de la Ciudad de México, me siento más mexicano que nunca. 🍷

Si la Ciudad de México permite, en sus barrios y colonias, una diversificación de estados del alma y geografías diversas, casi ciudades distintas, el corazón múltiple tiene constantes que se mantendrán en tanto lo mexicano siga manteniéndose.





DONCELES O LA *biblioteca soñada*

..... Por Fernanda Melchor

En medio del barullo de las calles, hay historias que aguardan silenciosamente entre los anaqueles y las estanterías de la calle Donceles.



SOBRE LA CALLE DE DONCELES, UNA DE LAS VÍAS MÁS ANTIGUAS Y SIGNIFICATIVAS DEL PRIMER CUADRO DE LA CIUDAD DE MÉXICO, Y ENTRE LAS CALLES DE REPÚBLICA DE BRASIL Y EJE CENTRAL, SE ENCUENTRAN ALGUNAS DE LAS LIBRERÍAS DE VIEJO MÁS CONOCIDAS Y VISITADAS DE ESTA URBE: LOCALES ABARROTADOS, A MENUDO ESTRECHOS Y ESCASAMENTE VENTILADOS, EN DONDE SE EXHIBEN DECENAS (TAL VEZ CIENTOS) DE MILES DE LIBROS USADOS, DE TODAS LAS TEMÁTICAS, GÉNEROS, LENGUAS Y FORMATOS IMAGINABLES, AMONTONADOS AL AZAR SOBRE MESAS Y MOSTRADORES, APILADOS EN TORRES SOBRE LOS SUELOS DE CEMENTO PULIDO, O APRETUJADOS EN REBOSANTES ESTANDEFERÍAS CUYAS CIMAS A MENUDO SON CONQUISTADAS POR LOS MÁS VALIENTES (O NECIOS) CAZADORES DE LIBROS, AQUELLOS VICIOSOS DISPUESTOS A TREPAR LOS PELDAÑOS DE ENDEBLES ESCALERAS DE ALUMINIO, CON LA ESPERANZA DE DESCUBRIR UN TÍTULO LARGAMENTE ANHELADO AHÍ CRIANDO POLVO BAJO LAS VIGAS.

Visitadas cotidianamente por estudiantes de todos los niveles educativos, por profesores, escritores, coleccionistas, lectores voraces y curiosos en general, las librerías de viejo de la calle de Donceles llevan más de medio siglo ofreciendo a sus visitantes una sorprendente oferta de ejemplares de segunda mano asequibles hasta para los bolsillos más modestos, así como libros antiguos, ediciones especiales, curiosidades agotadas, fuera de imprenta o de plano inconseguibles en las librerías tradicionales: libros que duermen el proverbial sueño de los justos y que aguardan con paciencia ilimitada la llegada de un nuevo lector que los saque de las estanterías, que repase sus hojas fragantes y decida comprarlos y darles una nueva vida. Libros en espera de ser leídos de nuevo, si es que alguna vez realmente lo fueron por sus primeros dueños. Libros que entre sus páginas aún conservan la presencia de las personas que los poseyeron:

en nombres garabateados sobre el título, en los delicados *ex libris* que a veces tenemos la suerte de hallar pegados en las guardas; en las dedicatorias amorosas (o despechadas), los pasajes subrayados, las anotaciones en los márgenes y los boletos, billetes y pequeños papeles de otra época que a veces encontramos prensados entre las páginas de estos libros de ocasión.

Siempre me ha parecido que visitar las librerías de viejo es algo así como una experiencia espiritual para los vicios de los libros: pasear entre tantos volúmenes, muchos de los cuales sabemos que jamás volverán a ser leídos, es una suerte de *memento mori* que nos recuerda nuestras limitaciones humanas, nuestra finitud como lectores, nuestra inherente e inevitable incapacidad para leerlo todo, para poseerlo todo, coleccionarlo todo, y que nos hace comprender que tal vez es cierto que hay más tiempo que vida, pero que definitivamente hay más libros que tiempo.

Recuerdo bien la primera vez que tuve oportunidad de pasearme a mis anchas por las librerías de viejo de Donceles, de pasar buena parte de una jornada vagando en el interior de algunas de las más legendarias, como Bibliofilia, La Regia, La Última y nos vamos, El mercader de libros, El Laberinto, o los locales trillizos de El Gran Remate, Infra-mundo y Los Hermanos de la Hoja. Me recuerdo adolescente y emocionada entre tantos libros, deambulando por horas por los pasillos de estas librerías, recorriendo obsesivamente cada una de las estanterías dedicadas a las novelas (internacionales e hispanoamericanas), algo mareada por el olor a polvo y por el esfuerzo de procesar la inmensa cantidad de títulos que desfilaban ante mis ojos conforme iba avanzando por los anaqueles. Para

alguien nacida y crecida en una ciudad como Veracruz en los años ochenta y noventa –en donde la lectura y toda clase de expresión literaria era desdeñada y menospreciada por la cultura dominante, y en donde solo existía una triste y asfixiante biblioteca pública, y la única librería que vendía obras literarias era el Sanborns de Plaza las Américas–, la oferta aparentemente infinita e inabarcable de las librerías de viejo del Centro de la Ciudad de México me trasladó de inmediato a la biblioteca imposible con la que solía soñar

de niña: un inmenso, muy borgeano laberinto de obras y volúmenes en el que acechaban mil peligros que yo enfrentaba valientemente en la aventura de encontrar un libro mágico que me cambiaría la vida.

Es cierto que nunca llegué a encontrar un ejemplar tan fantástico como el de mis sueños en las librerías de Donceles, ni tampoco tuve que enfrentarme a dragones, brujas o vampiros en mis búsquedas, pero sí puedo afirmar con toda certeza que las librerías de viejo me han proporcionado incalculables horas de lectura y felicidad. Es más, de no haber sido por este grupo de abigarradas librerías instaladas en el corazón de la Ciudad de México, jamás hubiera podido leer con tanta precocidad y avidez a autores como Jerzy Andrzejewski, Rosario Castellanos, José Camilo Cela, Mohammed Dib, Salvador

Elizondo, William Faulkner, Romain Gary, Graham Greene, Ken Kesey, Miriam Laurini, Arthur Miller, Vladimir Nabokov, Juan Carlos Onetti, Jamaica Kincaid, Katherine Anne Porter, Manuel Puig, Armando Ramírez, John Steinbeck, B. Traven y Luis Zapata, entre muchos otros que me trastornaron la existencia a una edad muy temprana y que, en cierto modo, me hicieron dar el paso de lectora a escritora. 🍷

La oferta aparentemente infinita e inabarcable de las librerías de viejo del Centro de la Ciudad de México me trasladó de inmediato a la biblioteca imposible con la que solía soñar.



MEMORIA *callejera*

..... Por Daniel Herrera

Un recorrido por los recovecos del Centro es,
al mismo tiempo, una exploración de cómo perduran
sus imágenes en nuestra memoria.



LA MEMORIA ES ENGAÑOSA. SE RETUERCE Y ADOPTA FORMAS diferentes cuando intentamos que regrese a nosotros. A veces ni siquiera se digna aparecer. Pero está ahí, lista para mentirnos como siempre lo deseamos. Aun así, hay ocasiones en que no falla, se porta amable y colaborativa.

Creo que a todos nos sucede que la memoria trabaja en momentos de vital importancia y en otros, sin ninguna necesidad, revuelve imágenes, ideas, sensaciones al azar.

En esta última categoría se encuentran los recuerdos que tengo de la Ciudad de México. Más específicamente del Centro Histórico.

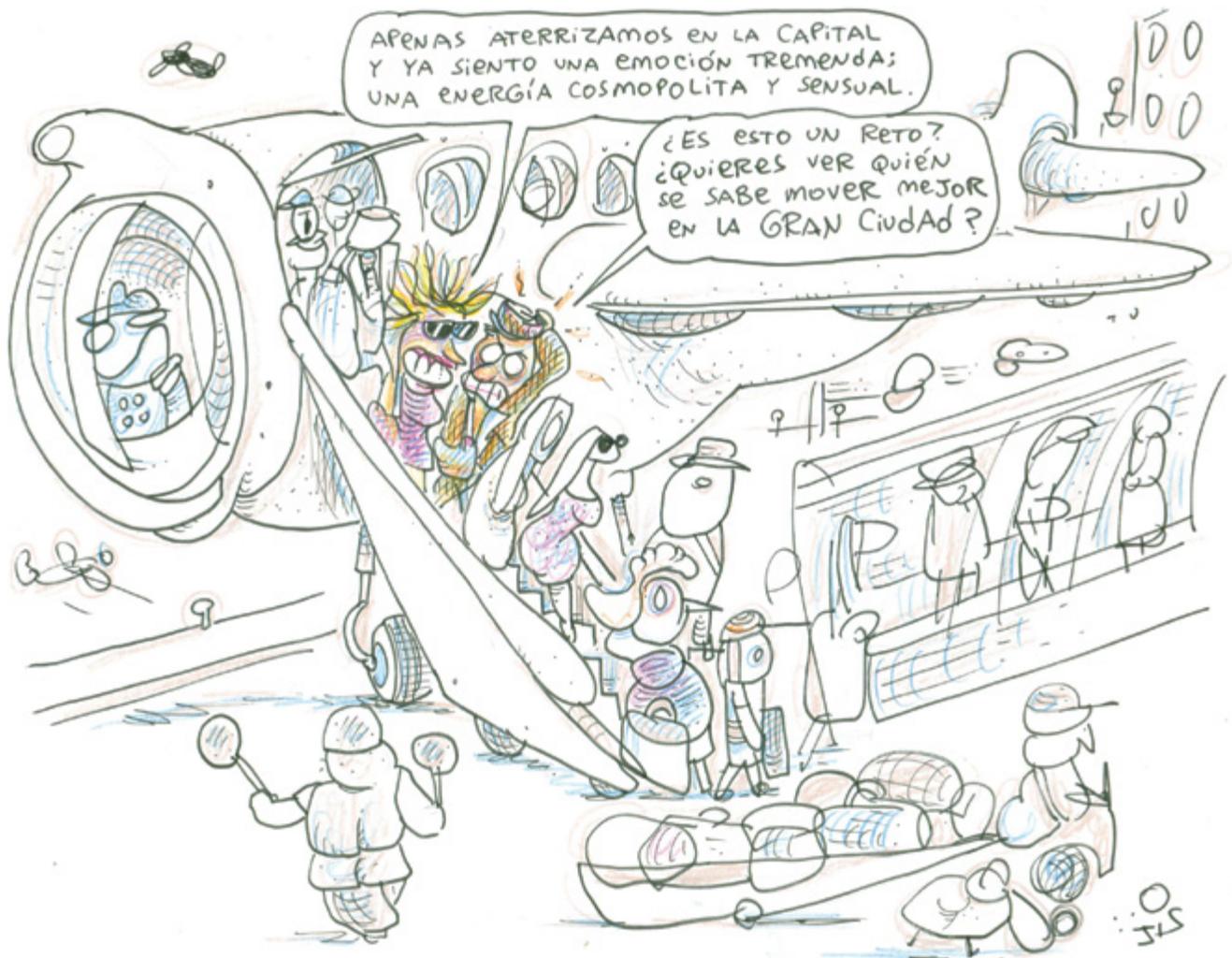
Así como los millones de personas que tienen algún tipo de relación con la capital del país, la mía se remonta a cuando casi me vuelvo habitante eterno de ella, si no es porque se me atravesó el temblor del 85 a los seis años. Ahí comenzó el lento proceso de transformarme en un norteamericano, cuando mi familia decidió exiliarse a Torreón.

Escribo estas líneas con las tripas acobardadas y un constante nudo en la garganta. El temblor que hoy golpeó a la Ciudad de México fue tan poderoso como el del 85 y se ha llevado vidas en el camino. También hizo surgir lo mejor que tienen los habitantes de esa enorme ciudad: una solidaridad a prueba de derrumbes.

He bromeado siempre con mis amigos chilangos. Me encanta hacer críticas ácidas a su ciudad, que también es mía, porque la conozco como extranjero y me he internado en zonas que no frecuentan los turistas.

Quienes no lo comprenden se ofenden, pero esta ironía proviene de un amor oculto, quiero decir que es, junto a mi tierra natal y Guadalajara, la única ciudad del país por la que siento de verdad un cariño incomprensible.

Seamos sinceros, ninguno de esos lugares se merece amor incondicional.



Por eso practico la memoria y procuro guardar en el fondo de los recuerdos cada edificio y cada calle que puedo. No es sencillo, sobre todo porque están vivas y, cuando regreso a ellas en persona, encuentro que siempre algo ha cambiado.

Es el exDistrito Federal un lugar de contrastes, bello y horrible al mismo tiempo, siempre más feo que agradable; lo raro es que es una ciudad a la que a todo mundo le dan ganas ir.

Me incluyo entre ese gran grupo de los que van a esta gigantesca y extraña ciudad y se sienten fascinados. Gracias a eso he intentado retener cada calle que veo, aunque, por supuesto, nunca lo he logrado.

Puedo imaginar, ahora mismo, sin utilizar ningún truco, la salida del metro a un costado del edificio del go-

bierno de la ciudad y puedo caminar, aquí en mi mente, rumbo al Zócalo. Me dirijo al centro de la gran plancha, paso a un lado del asta gigante. El sol pega apenas, pero es suficiente para que la gente se pare justo donde el asta proyecta sombra. Me detengo frente a la Catedral y sé que a mi derecha se encuentra el Palacio Nacional; camino por la calle que colinda con la Catedral y puedo ver el Museo del Templo Mayor. Más allá está la calle Donceles, pero hoy no buscaré libros usados, además, esas librerías ya no son lo que antes eran.

Corte mental. Salgo de la boca del metro Bellas Artes y camino hacia su entrada. En frente, el Sears; a un lado, una Gandhi; hacia la izquierda, cruzando la calle, la Torre Latinoamericana.





Pero esto es fácil, no sorprende a nadie, lo sé. En la mente camino hacia la parte trasera de Bellas Artes y me alejo, cruzo Donceles y me interno por la calle..., carajo, ¿cómo se llama? Es perpendicular al Eje Central, lo recuerdo perfectamente, pero la memoria me falla para encontrar su nombre. En fin, me alejo del centro turístico y ahí se encuentra el verdadero Centro Histórico. Quiero decir, el Centro Histórico más viejo y feo que se pueda hallar en este país. Nada como esta ciudad para pasar de la belleza a la fealdad en tan solo tres pasos. Camino buscando una cantina barata. Sé que existe porque ahí fui con Héctor Villarreal, chilango de cepa dorada, hace unos años. Recuerdo que la cerveza costaba igual que en Torreón y eso me sorprendió, con esa sorpresa alegre de los borrachos pobres, no nos confundamos. Tengo que caminar por una pequeña banqueta hasta hallar el lugar. Es una esquina y la verdad he entrado a mejores lugares. Por este precio acá en el norte también te dan botana, pero no todo se puede conseguir, ¿verdad?

Cuando termino de tomar esas dos o tres cervezas, regreso sobre mis pasos, rumbo al metro. Tengo que sortear a los teporochos y vagabundos que ahora duermen sobre las calles. Es aquí, alejados del turismo, donde mejor se puede dormir, supongo.

Así, mi mente no me engaña, pienso, porque también puedo imaginar sin problemas otros lugares: parte de la calle Protasio Tagle en San Miguel Chapultepec, donde viví cuando era niño. El edificio Canadá, que siempre me pareció inmenso y raro, como una montaña enclavada en un extraño lugar. El metro Chapultepec y su caos chilango. O el Paseo de la Reforma, el único lugar en donde me permito caminar como turista porque veo que todos lo hacen; en serio, creo que hasta quienes tienen cuarenta años viviendo ahí se relajan en esa avenida.

El asunto es que, incluso para quienes solo visitamos esa ciudad, las calles chilangas se adhieren al cerebro como costras de mugre imposibles de quitar. Es una ciudad indeleble; incluso quien la odie no puede olvidarla. 🍷



METRO

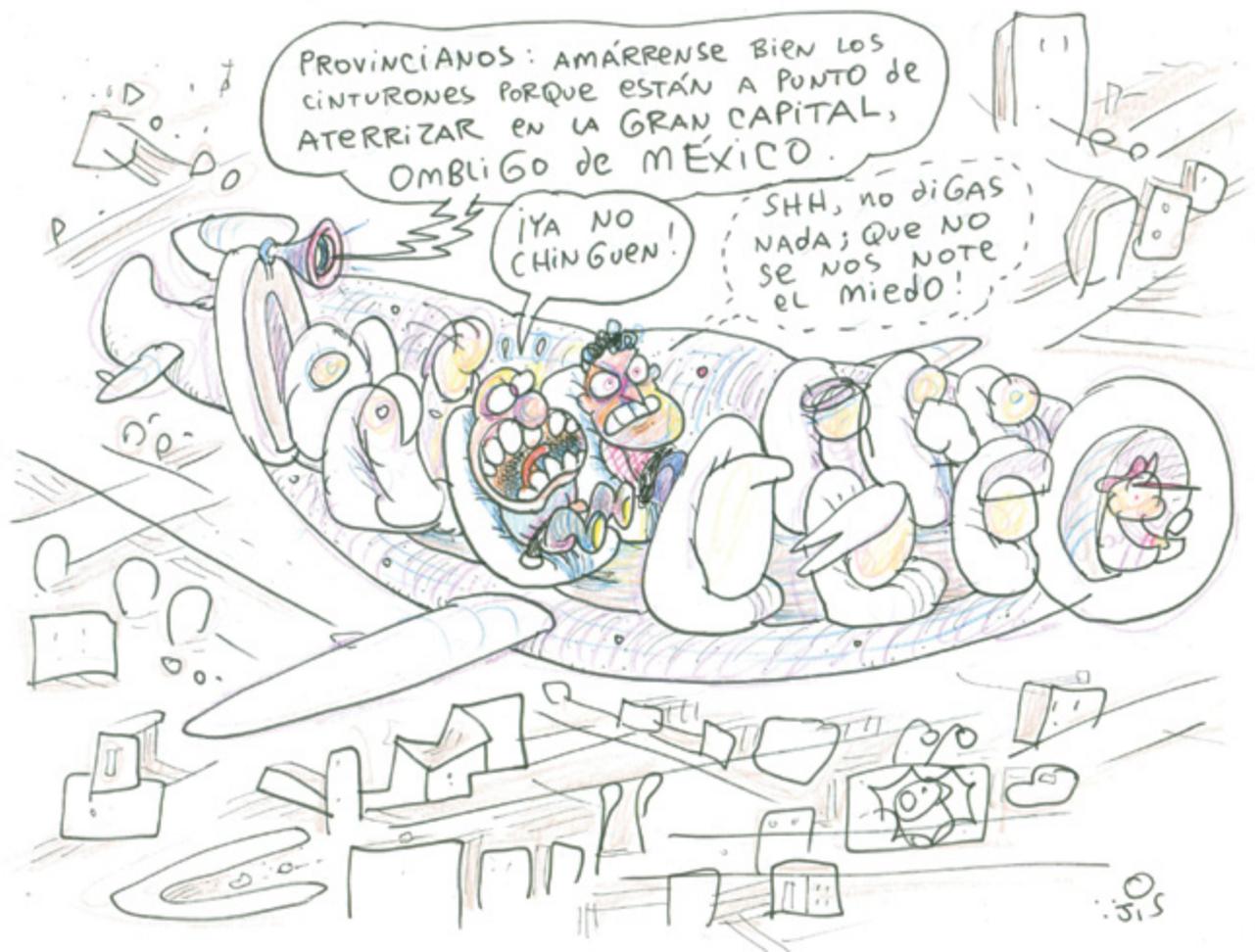
PROYECTO 2
CONSTRUCCIÓN



LAS CABEZAS NIHILISTAS *de la Alameda*

..... Por Franco Félix

En la Alameda Central podemos encontrar estatuas que nos abren la puerta a asociaciones inesperadas, como el narrador propone en esta crónica personal.



LE TEMO A LAS CABEZAS EXTRAÑAS. SIENTO PÁNICO CUANDO me presentan a alguien con la cabeza deformada o alargada o con forma de huevo. No puedo concentrarme porque pienso que los hombres cabezones leen mis pensamientos. Mi miedo no es infundado. Es una proyección: mi propia cabeza tiene una forma sorprendente y misteriosa. Cuando voy a una peluquería, ningún estilo me favorece porque en mí el corte se deforma. La mayoría de las veces salgo de las estéticas pareciendo una palmera o una lata aplastada. Como sea, por esto, porque tengo una cabeza horrible, suelo llevar gorras o sombreros o viseras o lo que sea. Oculto mi fealdad y desproporción con estas prendas, por lo que siempre pongo atención a los tocados de la gente en la calle. Busco el sombrero perfecto para mí.

Hace unos meses viajé a la Ciudad de México y paseé por la Alameda Central. Nunca faltó. Quiero decir, cuando voy a la capital. Prefiero la Alameda al Zócalo. En esta última

ocasión, yo llevaba puesto un gorro negro pero era muy largo, por lo que debía doblarlo y echar uno de los extremos hacia atrás. No me sentía cómodo, así que me la pasé echando vistazos a los chicos con gorros para ver si uno de sus estilos me convencía. Rodeé la Alameda como cuatro veces y nada. Unos arreglos de gorro parecían de chef, otros de zapatistas, otros de marinero. Hasta que encontré el acomodo de gorro perfecto. Un acomodo peculiar y elegante y genuino. Hallé mi propio estilo en una escultura del parque junto al Hemiciclo a Juárez. Se trataba de un sujeto desnudo, apenas cubierto por una sábana en el costado izquierdo y con una espada rota en la mano derecha (solo asiendo el mango). Me pareció un tipo distinguido, a pesar de que no tenía ropa encima. El gorro lo llevaba casi de la misma manera que yo, salvo que el extremo estaba echado hacia delante. La primera referencia que puedo dar para su figuración: el gorro de los pitufos.

Una obra de arte del siglo XIX puede transportarnos a otras culturas y tender lazos con mitologías diversas, como ésta que nos espera junto al Hemiciclo a Juárez.

Le tomé algunas fotografías para justificar mi nuevo estilo. Me estremecí porque la estatua no tenía identificación. ¿El tipo sería un pitufo humanoide? ¿De quién era la escultura? ¿El escultor sería fan de los Pitufos? ¿Dónde está el resto de la espada?, ¿en el pecho de Gárgamel? Lo primero que hice al volver a casa fue investigar. Las pesquisas en internet son precarias porque se les presta mayor atención a otras esculturas como las de Perséfone, Mercurio, Venus, Neptuno y otras bastante ambiguas, como la de una chica encadenada bocabajo (asusta por su peligrosa cercanía con la incorrección política), pero localicé al autor de nuestro Antropopitufo.

Se llama José María Labastida e hizo esta escultura, originalmente en mármol, en 1830, por lo que la teoría del Hombre Pitufo se vino abajo. La pieza se llama *Gladiador frigio*. Y a partir de aquí, la búsqueda se tornó lunática. Hay teorías conspiratorias que abusan de la imaginación y explican que Papá Pitufo, ese viejo totalitario entre los

hongos, es nazi, además de que Gárgamel, por su nariz aguileña, es un judío obsesionado con el oro. El simbolismo que vibra alrededor de la imagen del gorro frigio (mi nuevo estilo) es cosmológico. Ha intervenido en imágenes icónicas alrededor de la historia: la Estatua de la Libertad iba a llevar este gorrito, pero Frédéric Auguste Bartholdi se decidió al final por la corona. El sello del Senado de los Estados Unidos de 1886 (fecha en que se construyó la estatua) está ceñido por el mismo gorrito. Parece que el gorro frigio es símbolo de la libertad, en la cultura occidental, como muestra el pintor Eugène Delacroix en su famosa *La libertad guiando al pueblo*, en la que vemos a la mujer con la bandera francesa llevando este mismo tocado. Mariana, una mujer icónica de la Segunda República Española también lleva esta prenda. El número de hipótesis misteriosas hierve en la red. Solo hay que escribir «Gorro frigio» en Google. ¿Pero qué pasa con Frigia? ¿Por qué este gladiador en la Alameda Central?



Leo en la Enciclopedia Universal Ilustrada de España-Calpe que Frigia (territorio de Turquía en la actualidad) fue una región de Asia Menor, cuya extensión ha sido variable durante varios periodos de la historia. En un principio, sus límites se establecían por el río Halis, el territorio de Iconio, el monte Tauro, las montañas de Pisidia, la Tróade, la Misia, el Helesponto y la Propóntide (qué nombres tan bellos para morir). Luego, tras las invasiones tracias, se dividió en dos: la Pequeña Frigia y la Gran Frigia. Después, la invasión gala, las conquistas de Pérgamo y las reparticiones romanas terminaron de formar Frigia. El terreno, como se intuye, es básicamente un paraíso: amplias mesetas con pastizales donde se crían hasta la fecha carneros con la piel más fina. Los caballos frigios siempre fueron reconocidos como ejemplares estupendos para la guerra, tanto así que Herodoto, Dionisio de Halicarnaso y Suidas los clasifican como la mejor raza de Oriente. Los frigios, luego de tantas invasiones, terminaron por aceptar sin oponer resistencia

todas las incursiones del enemigo en sus territorios. Eran poco histéricos y muy pacíficos, dedicados a la agricultura y la ganadería. Su religión influyó considerablemente a los griegos, ya que los primeros tenían ritos musicales y, por supuesto, orgiásticos. Hacían el amor y no la guerra. Sus dioses más importantes fueron Men, Cibeles y Atis. El máximo esplendor de Frigia se debe al famoso rey Midas (que vivió entre el 740 antes de Cristo y el 696 antes del mismo crucificado) y llevaba este gorro también para ocultar las orejas de burro que le puso Apolo. Midas, que podemos recordarlo como aquel hombre maldito que convertía en oro lo que tocaba. El creador de estos mitos fue Ovidio, en su *Metamorfosis* (del año 8 después de Cristo). Se supone que el astuto Midas atrapó al gordo, borracho y sátiro de Sileno, maestro de Dionisio, con una trampa de vinos que colocó en un jardín macedónico (aunque hay otras versiones no menos honorables) y Dionisio, como recompensa, le concede un deseo al rey. Midas, el señor orejas de burro con gorrito



frigio de color morado, elige convertir en oro todo aquello que toquen sus manos. Otro frigio importante fue Ariobarzanes, quien se rebeló (de manera inesperada y errática) a su rey Artajerjes II, aunque más tarde fue traicionado y crucificado por su hijo Mitrídates. Ahora uno mitológico: Tántalo fue un rey de Frigia que terminó sus días en el Tártaro, la parte más recóndita del inframundo dedicada a los seres más malvados. Pareciera que toda Frigia está condenada.

En todo caso, el gorro frigio representa la libertad en las culturas occidentales modernas, porque se dice que los esclavos (liderados por Espartaco) que combatieron a los romanos llevaban esta prenda. Sin embargo, Adriano Savio y Elena Bagi explican que esto puede tratarse de una confusión porque el gorro libertario es el púleo (uno más bien cónico y que va en la mollera) y no el frigio. ¿Será que la libertad, esa idea simbólica en nuestras cabezas (como mi propio

gorrito frigio), tiene un origen equívoco? Quizá eso explique la extrañeza y la confusión que reina en la actualidad. *El gladiador frigio*, junto al Hemiciclo a Juárez, expande el sentido. Nuestro presidente de San Pablo Guelatao dijo un día: «La democracia es el destino de la humanidad; la libertad, su brazo indestructible». Nuestro Pitufo humanoide comprueba el mensaje: la espada no es tan indestructible como pensamos. En fin, volvamos a la anécdota de Ovidio sobre Sileno y Midas: Nietzsche, en *El nacimiento de la tragedia*, cuenta que cuando Midas le pregunta al viejo Sileno qué es mejor para el hombre, este, encolerizado, contesta: «No haber nacido, no ser, ser nada. Y lo mejor en segundo lugar es para ti morir pronto». Ah, la cabeza bajo mi gorro, estilo frigio, arde por la coincidencia: los gladiadores de nuestra historia mexicana están más cerca de la nada que de la libertad. Salve, Benito, los que van a morir, te saludan. ☘

Narradores

Nuestros colaboradores comparten su mirada sobre nuestro Centro.



Fernanda Melchor
Narradora y periodista

Escritora nacida en Veracruz, ha ganado varios premios de cuento, ensayo y crónica. Algunos de sus libros publicados son *Tiempo de huracanes*, *Falsa fiebre* y *Aquí no es Miami*. También ha incurrido en la literatura infantil.



Jaime Mesa
Novelista y cuentista

Escritor nacido en Puebla, autor de varios libros como *Rabia*, *Los predilectos*, *Las bestias negras* y *La mujer inexistente*. También colabora en varios medios impresos y ha dirigido talleres de narrativa.



Antonio Ortuño
Novelista y cuentista

Escritor nacido en Zapopan, es autor de colecciones de cuentos como *La vaga ambición* y *La Señora Rojo*, además de haber publicado las novelas *Méjico* y *La fila india*.



Franco Félix
Narrador y editor

Escritor sonorenses, radicado en Hermosillo. Ha recibido premios por su trabajo novelístico y de crónica. Es autor de los libros *Los gatos de Schrödinger*, *Kafka en traje de baño*, *La guanteleta de Freddy Krueger*, entre otros.



Daniel Herrera
Narrador y periodista

Escritor nacido en Torreón. Ha publicado las novelas *Con las piernas ligeramente separadas*, *Polvo rojo* y *Melamina*. Además de la escritura, ejerce como profesor y colabora con varios medios impresos.

“H”

EL HIJO DEL AHUIZOTE

(Ciudad de México, 1885-1903)

Un rincón de la Revolución mexicana

Por José Pulido

El hijo del Ahuizote fue un famoso periódico antiporfirista.
Hoy, la casa donde nació es un archivo histórico
y un espacio cultural abierto al público.



TODO EMPEZÓ CON UNA FOTOGRAFÍA EN BLANCO Y NEGRO. En ella vemos a varios hombres flanquear los balcones de un edificio en cuya fachada cuelga una manta que dice «la Constitución ha muerto». Es el 5 de febrero de 1903 y todo sucede en las oficinas del periódico liberal *El hijo del Ahuizote*, dirigido entonces por los hermanos Enrique y Ricardo Flores Magón. Una valiosa herramienta de protesta ante los festejos con que Porfirio Díaz celebraba los cuarenta y seis años de la Constitución de 1857.

Dicha imagen es el retrato de uno de los momentos más decisivos de cara a lo que se vendría en los años siguientes y llevaría a sus autores a la cárcel, primero, y al exilio después. Durante años estuvo en casa de Diego Flores Magón –el bisnieto de Enrique– como una pieza más del archivo familiar, hasta que un día lo asaltó la pregunta: ¿qué fue de ese edificio? La respuesta, tras años de búsqueda, recopila-

ción, organización y financiamiento, lo llevaría a la apertura de la Casa del Hijo del Ahuizote, un museo y centro cultural ubicado en República de Colombia 42, entre Argentina y Del Carmen, en el sitio exacto donde hace más de cien años se fundó la célebre publicación satírica.

En 2007 Diego y su papá Daniel encontraron el predio abandonado gracias a la fotografía. Fue ese el momento en que el proyecto comenzó a tomar forma. Lo que había empezado como la búsqueda del espacio para albergar las cartas, el material gráfico, las revistas, los periódicos y folletos que componen el archivo de Enrique Flores Magón fue poco a poco creciendo hasta volverse una extensión misma del pensamiento magonista. Aquello no sería simplemente un archivo o un museo, sino un taller, un archivo destinado no solo a guardar ese material sino a compartirlo, a transformarlo en un suceso cotidiano dentro de la vida de la gente.



En 2008, Diego propuso el proyecto de remodelación al Fideicomiso Centro Histórico; en 2010 comenzaron los trabajos de rescate y, dos años después, cuatro millones de pesos más tarde, el edificio estaba listo. «Ha tenido una magnífica recepción del gobierno y del público –explica Diego– porque *El hijo del Ahuizote* fue un medio de oposición a un régimen dictatorial, y el emblema de la libertad de expresión. Es simbólico, mitológico, ideológico, político».

En medio de una calle animada de jugueterías y comercios de todo tipo, la Casa del Hijo del Ahuizote, con su hermosa fachada amarilla, es algo más que una isla en medio de una zona poco frecuentada por la gente que visita el Centro Histórico. La integración, la comunicación continua y la colaboración con la gente que vive y trabaja por ahí han sido algunas de sus metas principales. Entre sus proyec-

tos comunitarios destaca el taller de periodismo impartido por Daniel Hernández, dirigido a jóvenes de entre dieciséis y veintinueve años que viven en la calle de Colombia o cerca de ella, con el fin de que puedan volverse reporteros de su propio barrio. Sobresalen también sus talleres de escritura creativa y sus actividades dirigidas a los niños.

Museo, repositorio, centro cultural e imprenta, la Casa del Hijo del Ahuizote, arquitectónicamente está diseñada para integrar cada una de estas facetas, como lo demuestra su mobiliario creado por Jacomo Castañón: estructuras de metal y madera que se complementan mutuamente. Castañón también es autor de *El Ahuizote ambulante*, un carrito que recorre la calle de la ciudad para atraer gente, logrando llevar su oferta cultural al Zócalo pero también a otras colonias como Morelos, Tepito, Mixcalco y la Merced. El carrito funciona como una versión móvil del centro cultural, pues



incluye fotografías y publicaciones, contando además con la participación de un tallerista encargado de realizar actividades editoriales.

Además de todo esto, las actividades de la casa giran alrededor de tres ejes: un Centro de Documentación Digital, el cual se centra en el pensamiento magonista; un centro de investigación transnacional, es decir, un espacio que ofrece residencias a investigadores que trabajan ese mismo tema; y como un «monumento activo de la historia de la prensa en México, ofreciendo salas para albergar seminarios de periodismo narrativo e investigación», como resume Mar Gámiz.

De esta manera, la Casa del Hijo del Ahuizote se ha constituido en un espacio cultural en el corazón de la Ciudad de México. Y, ante todo, ofrece otra forma de pensar la historia, la colectividad y el barrio. 🌐

La Casa del Hijo del Ahuizote se ha constituido en un espacio cultural en el corazón de la Ciudad de México.

Cartelera

Por Lyra Gastélum



Foto: cortesía Tim Burton

El mundo de Tim Burton

El director estadounidense Tim Burton se convirtió en uno de los genios cinematográficos más famosos de los noventa gracias a su estética gótica y sombría. Todos sus personajes, ya sean de carne y hueso, ilustraciones o arcilla, han despertado gran fascinación dentro de la cultura popular. Ejemplos de ello son Edward Scissorhands de *El hombre manos de tijera*, Lydia Deetz de *Beetlejuice* o Jack Skellington de *El extraño mundo de Jack*.

Después de viajar por todo el mundo, llega por primera vez a la Ciudad de México la exposición *El mundo de Tim Burton*, una muestra que se generó originalmente para el Museo de Arte Moderno de Nueva York (MoMA) en 2010, pero que tuvo tanto éxito que visitó países como Australia y China.

Esta exposición desmenuza el universo del cineasta por medio de bocetos, *storyboards*, figuras, pósters y libros de su filmografía, que van desde *Jim y el Durazno Gigante* y *Batman*, hasta *Alicia en el país de las maravillas*.

Para que todos alcancen a verla, la exposición estará hasta principios de abril de 2018. Puesto que se espera que haya una gran afluencia, te recomendamos comprar tus boletos en timburton.mx.



.....
Museo Franz Mayer (Avenida Hidalgo 45). Martes a viernes, 10 am-5 pm; sábado y domingo, 10 am-7 pm. Hasta el 8 de abril de 2018. \$320.

31 Minutos: Calurosa Navidad

Así como el programa *Plaza Sésamo* educó, entretuvo y divirtió a muchos niños durante varias generaciones, las marionetas chilenas del noticiero para niños *31 Minutos* exponen temas divertidos y educativos en sus capítulos, además de entretenernos con su música y personajes.

Después de su gira de rock, la cual visitó la Ciudad de México el año pasado, Policarpio, Juan Carlos Bodoque, Calceñín con Rombos Man y Tulio Treviño regresan para presentar su *show* navideño durante cuatro fechas consecutivas en el Teatro Metropolitano.

En este concierto escucharemos desde los villancicos más navideños que puedan existir, hasta sus éxitos más emblemáticos como «Mi muñeca me habló», «Yo opino» y «Baila sin César», «Tanganica Tangananá» y «Diente blanco». Un espectáculo del que disfrutarán niños y adultos por igual.

.....

Teatro Metropolitano (Independencia 90). Del jueves 7 al domingo 10 de diciembre, 12 pm. \$250-\$1,550.

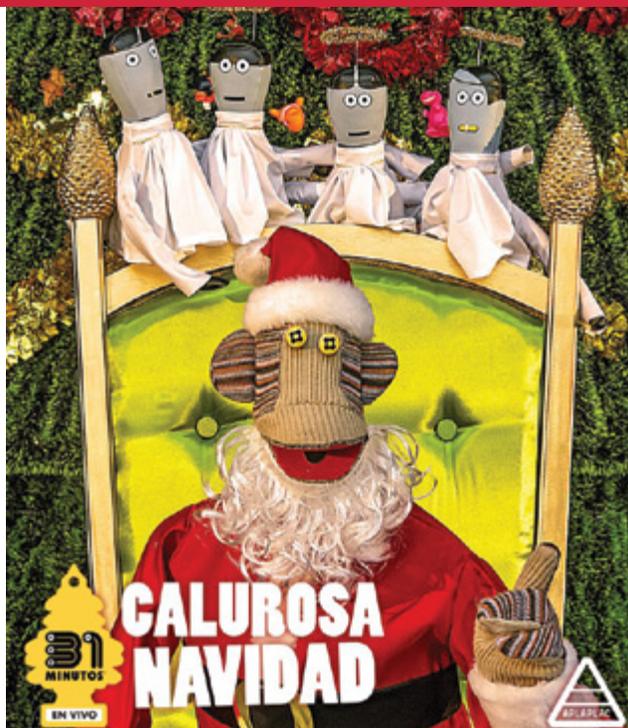


Foto: cortesía 31 Minutos

Festival Aural

Después del sismo del 19 de septiembre que sufrió la Ciudad de México, festivales de música como Mutek y Aural decidieron posponer sus actividades para garantizar la seguridad de los asistentes y guardar respeto por las víctimas.

Poco a poco la ciudad se estabiliza y el Festival Aural anunció nuevas fechas, con algunos cambios en su cartel y confirmando la presencia de Godspeed You! Black Emperor el 16 de diciembre, banda de post rock que se presenta por primera vez en México.

Una de las actividades principales es el set del saxofonista Roscoe Mitchell, famoso por su trayectoria en el mundo del jazz, quien se presentará junto a Chicago Underground Duo, integrado por Rob Mazurek y Chad Taylor, en el Anfiteatro Simón Bolívar del Antiguo Colegio de San Ildefonso.



Foto: cortesía Festival Aural

Este combo dará uno de los conciertos imperdibles del festival, que siempre se ha interesado en traer a los músicos de vanguardia a nuestra ciudad. La presentación iba a ser gratuita, pero, debido al cambio de fechas, ahora tendrá un costo de \$200.

.....

Anfiteatro Simón Bolívar (Justo Sierra 16). Viernes 15 de diciembre, 8 pm. \$200.

El Centro por día



VARIOS

miércoles
6

11 am | Museo para todos
Museo del Telégrafo (Tacuba 8). Gratis.



CINE

jueves
7

6 pm | Sociedad, política y orden constitucional
Colegio Nacional (Donceles 104). Gratis.



MÚSICA

sábado
9

1 pm | Electrificados (Jazz electroacústico)
Museo Nacional de las Culturas (Moneda 13). Gratis.



MÚSICA

domingo
10

12 pm | Grupo musical veracruzano de la Secretaría de Marina-Armada de México
Museo de Arte de la SHCP, Antiguo Palacio del Arzobispado (Moneda 4). Gratis.



EXPOSICIÓN

martes
12

10 am | 8ª bienal de Cerámica Utilitaria
Museo Franz Mayer (Avenida Hidalgo 45). Gratis.



EXPOSICIÓN

miércoles
13

10 am | México moderno: vanguardia y revolución
Museo Nacional de Arte (Tacuba 8). \$60.



EXPOSICIÓN

jueves
14

4 pm | El dictado de la conciencia
Museo del Templo Mayor (Seminario 8). Gratis.



EXPOSICIÓN

viernes
15

11 am | El juego y el arte de la miniatura
Museo del Estanquillo (Isabel la Católica 26). Gratis.



EXPOSICIÓN

sábado
16

10 am | Estampa y lucha: 8 décadas del Taller Gráfico Popular (1937-2017)
Museo Nacional de la Estampa (Avenida Hidalgo 39). \$45.



TEATRO

domingo
17

12 pm | Kamelot El Castillo del Rey
Centro Cultural Miguel Sabido (Basilio Badillo 4). \$150.



EXPOSICIÓN

domingo
17

10 am | Nacimientos. Arte y tradición popular
Palacio de Cultura Citibanamex - Palacio de Iturbide (Madero 17). Gratis.



EXPOSICIÓN

viernes
22

10 am | José Luis Cuevas. Dos ensayos
Centro de la Imagen (Plaza de la Ciudadela 2). Gratis.



DANZA

lunes
18

8 pm | El Cascanueces acrobático
Teatro Metropolitán (Avenida Independencia 90). \$250-\$1,300.



EXPOSICIÓN

miércoles
27

10 am-6 pm | Rojo Mexicano. La grana cochinilla en el arte
Museo del Palacio de Bellas Artes (Avenida Juárez s/n). \$60.



EXPOSICIÓN

martes
19

10 am | Sagástegui total
Museo José Luis Cuevas (Academia 13). \$20.



EXPOSICIÓN

jueves
28

10 am | El México desconocido
Casa Vecina (Primer Callejón de Mesones 7). Gratis.



EXPOSICIÓN

miércoles
20

11 am | Upfront
Centro Cultural de España en México (República de Guatemala 18). Gratis.



TEATRO

jueves
21

8 pm | El paraíso perdido
Catedral Metropolitana de México (Plaza de la Constitución s/n). \$150.



EXPOSICIÓN

viernes
29

10 am | Desplazamiento del Límite
Antiguo Colegio de San Ildefonso (Justo Sierra 16). \$50.

Programación sujeta a cambios

Niños

Por David Canul

¿Sabes qué es un haikú?

Es un pequeño poema de origen japonés que encierra una emoción o un detalle de la naturaleza. Consta de tres versos de cinco, siete y cinco sílabas, por ejemplo:

Hecho de aire

1 2 3 4 5

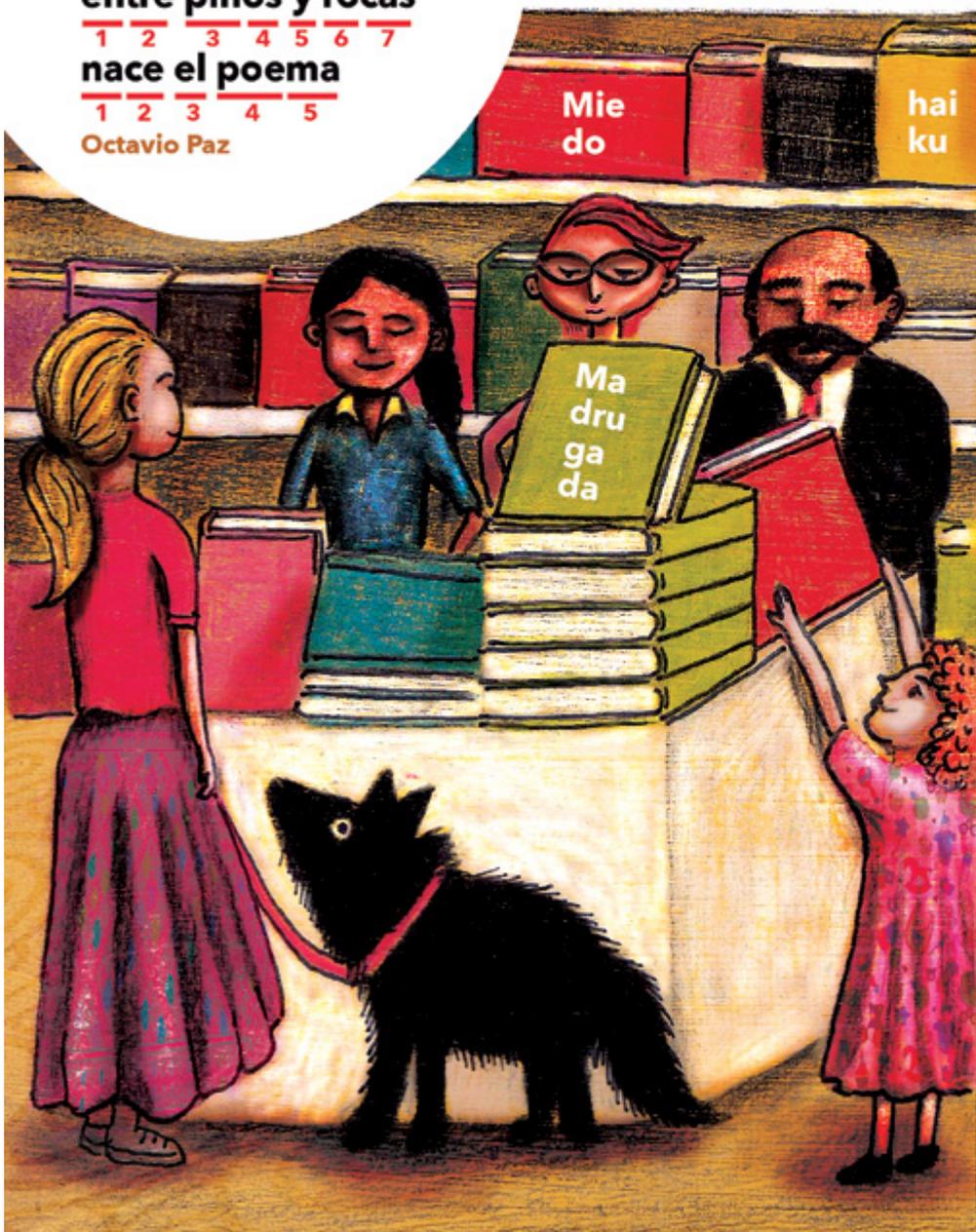
entre pinos y rocas

1 2 3 4 5 6 7

nace el poema

1 2 3 4 5

Octavio Paz





**¡Ayuda a Satoshi a completar
sus haikús favoritos
pues de tan distraído que anda
los ha olvidado!**

**Llueve y hay frío
Me tapo con la noche
y tengo ____**

**Guadalupe Fuentes Allen
12 años / México**

**Anda, cocuyo,
con tus faritos de ____
cuida mi noche.**

Yelitza Sepúlveda

**De _____,
en la ciudad desierta,
los barrenderos.**

César Sánchez

**Poema ____:
cinco, siete, cinco su
estructura es.**

Juan Rodrigo Urso

